

Corazón, hombre y cultura

Carlos G. Musso y Paula A. Enz

El corazón posee razones que la razón ignora
Blas Pascal
(1623-1662)

El corazón es uno de los primeros órganos que se desarrollan durante la embriogénesis; su presencia se detecta a partir de los 21 días de gestación. Su condición de órgano vital era ya conocida desde tiempos remotos, como lo muestra la relevancia con que era representado en las pinturas rupestres del período neolítico. Antiguas civilizaciones, como la egipcia y la mesopotámica, ya conocían la participación del corazón en la generación de la circulación sanguínea, aunque aún no tenían claro cómo esta se llevaba a cabo. Creían erróneamente que el corazón tenía una estrecha relación con el estómago, confusión que motivó la designación con el nombre de *cardias* (todavía vigente) a la región gástrica que se suponía estaba vinculada con él. Fueron necesarios 3000 años de labor investigativa por parte de numerosos médicos, entre los que se destacaron Ibn an-Nafis (siglo XIII a.C.), Servet (1546), Cisalpino (1569), Harvey (1628) y Borelli (1680), para lograr esclarecer los fundamentos de la fisiología cardiocirculatoria. Sin embargo, el genial escritor James Joyce sostiene en su *Ulises*, que el corazón o mejor dicho *lo cardíaco* (*corazón, sangre y circulación*) se encuentra asociado en el

imaginario humano a diversas representaciones, las cuales trascienden la idea del corazón como mera bomba sanguínea. Es así como lo cardíaco remite en la mente humana a *lo central, lo valioso, el coraje, el amor, la amistad, la bondad, la intuición y la memoria*. Es decir, entonces, que desde el punto de vista sociocultural *lo cardíaco* se asocia con lo ponderable y lo límbico. Además, los colores rojo y púrpura (sangre, fuego) se han arrogado, en las culturas del mundo, la simbolización de *lo cardíaco*: asistimos así al “rojo” del amor y la pasión, al púrpura de la realeza y los cardenales, etc. aunque, paradójicamente, estos colores pueden simbolizar también, por asociación inversa, la destrucción y la maldad: asistimos entonces al “rojo” de las señales de peligro y de lo demoníaco.

Es de imaginar que el carácter vital del corazón, así como su posición anatómicamente central, hayan forjado en el hombre la asociación mental de *lo cardíaco* con *lo central* como ha quedado plasmado en la lengua española a través de términos como *core* y *corona*, provenientes de la raíz latina *cor*, y a su vez esta de la indoeuropea *ker*, la cual designa “lo esencial para la vida”. Resulta, entonces, que por esta misma razón la raíz *ker* es también la fuen-



El corazón y su representación sagrada



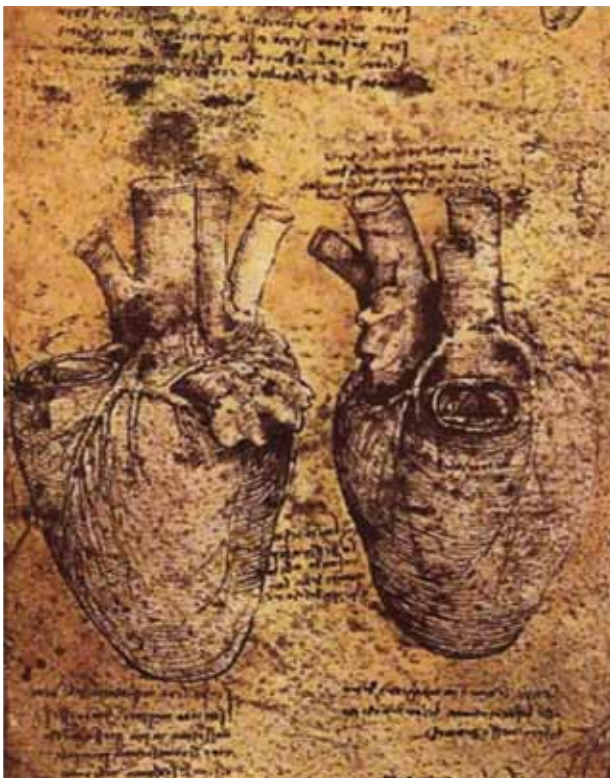
El corazón y su representación lúdica

te etimológica de palabras como *calor*, *cuerpo* y *cerebro*. Este vínculo biológico e imaginario de *lo cardíaco* con *lo valioso* es la base de la asociación cultural del corazón con valores espirituales como *el amor*, *la amistad*, *la benevolencia* y *la misericordia*.

También *lo cardíaco* se vincula culturalmente con la idea de *lo sagrado*, es decir con aquello que se considera sobrenatural (númico) e indecible (inefable). Esto se refleja en la participación de *lo cardíaco* (corazón y sangre) en las tradiciones de las distintas religiones, como lo representan los sacrificios rituales, la comida kosher, el milagro de la sangre de San Genaro, etc. Otro ejemplo de este hecho lo brinda la lingüística: cuando una palabra designa algo que para una cultura está sujeto a un tabú, a fin de no tener que pronunciarlo, se reemplaza dicha palabra por otra, de modo que el término en cuestión cambia drásticamente de un idioma a otro, aun siendo lenguas pertenecientes a una misma familia: por ejemplo las palabras españolas *corazón* y *sangre* difieren notoriamente de sus equivalentes inglesas *heart* y *blood*, pese a ser ambos idiomas de origen indoeuropeo. Otro fundamento lingüístico respecto del vínculo que *lo cardíaco* guarda con *lo sagrado* se ve reflejado en la raíz etimológica común entre los términos

sangre/sagrado (español) y *blood/bless* (inglés). Existen además hechos históricos que también ilustran esta asociación: por ejemplo, en los jeroglíficos egipcios, el corazón era representado mediante el dibujo de un vaso ceremonial, o en el medioevo el corazón de Jesús se simbolizaba mediante la imagen del Santo Grial (ambos casos metáfora del corazón como recipiente sagrado) y que, curiosamente, a lo largo del tiempo, por acción y efecto de una cadena de asociaciones hizo que el palo de corazones en la baraja inglesa fuera reemplazado por el de copa en la baraja española.

Asimismo, en otro plano interpretativo, sensaciones somáticas como la taquicardia y la hiperemia experimentadas en situaciones de intensa emotividad (combate, etc.), así como también la reedición de dichas sensaciones durante el recuerdo de momentos hondamente emotivos, pudieron haber engendrado la relación de *lo cardíaco* con el *coraje* (*cor*), el *amor* (el corazón como su símbolo), lo vincular (*concordia*, *discordia*), la *intuición* (corazonadas, pálpitos) y la *memoria*. Con respecto a esta última asociación, la hallamos plasmada en la palabra *recordar* que significa literalmente *volver al corazón*, así como en expresiones idiomáticas tales como *to study by heart* (inglés) o *étudier par coeur* (francés) que remiten a la idea de “estudiar algo de memoria”. Finalmente, la emoción (con sus sensaciones cardíacas) desplegada al recordar situaciones pasadas, o acompañando la ideación de expectativa futuras, así como su carácter de órgano rítmico, fue vinculando al corazón con la idea de un tiempo fragmentado (pasado, presente,



El corazón y su representación anatómica (dibujo de Leonardo Da Vinci)"



El corazón y su representación afectiva

futuro) y manipulable, pues la evocación de lo acontecido y la imaginación de lo futuro le fueron dando al hombre la sensación de un cierto control del tiempo.

Autores como Günter Clauser y Frederik Leboyer sostienen que el ritmo de los latidos cardíacos daría lugar a una serie de fenómenos fundamentales para nuestra especie: en la etapa prenatal, y en virtud de la constante audición de los latidos maternos, se forjaría por un lado el gusto por

la música, mientras que, por otro, se estimularía la futura sonoridad del habla, hecho que explicaría la tendencia natural del niño a expresarse inicialmente con términos bisilábicos (mamá, papá).

Concluimos entonces que *lo cardíaco* se vincula en el hombre no solo con el fenómeno circulatorio, sino también con las pasiones, lo venerable, el arte y la manipulación del tiempo a través de la imaginación y la memoria.

REFERENCIAS

1. Hib J. Embriología médica. Buenos Aires: El Ateneo; 1986.
2. Joyce J. Ulises. Buenos Aires: Losada; 1999.
3. Chiozza L. Corazón, hígado y cerebro: tres maneras de vida. Buenos Aires: Libros del Zorzal; 2009. (Disponible en versión electrónica en: http://www.funchiozza.com/downloads/corazon_higado_y_cerebro.pdf)
4. Bordelois I. A la escucha del cuerpo. Buenos Aires: Libros del Zorzal; 2009.
5. Bordelois I. Etimología de las pasiones. Buenos Aires: Libros del Zorzal; 2009.
6. Pérgola F, Okner O. Historia de la cardiología. Buenos Aires: Ediciones Médicas, 1987.
7. Corominas J. Breve diccionario etimológico de la lengua castellana. Madrid: Gredos; 1973.
8. Roberts E, Pastor B. Diccionario etimológico indoeuropeo de la lengua castellana. Madrid: Alianza, 2007.
9. Cooper JC. Diccionario de símbolos. Barcelona: Gustavo Gili; 2004.
10. Becker U. Enciclopedia de los símbolos. Barcelona: Swing; 2008.
11. Poust M. Por el camino de Swann. En busca del tiempo perdido. Buenos Aires: CS Ediciones; 2006.
12. Scorsese M. La última tentación de Cristo [film] / director: Martin Scorsese. Los Angeles, CA: Universal Pictures; 1988.
13. Kandinsky V. Bild mit rotem Fleck [pintura]. 1914
14. Kandinsky V. Krasnoe Pyatno II [pintura]. 1921